

Respuesta a Gustavo Bueno

Los observadores quieren saber qué pasa, los participantes qué hacer.

Paul Feyerabend

El sorprendente artículo de Gustavo Bueno muestra la recensión del *movimiento psicoanalítico* por la cultura española, a la que el autor representa de manera consistente¹. Sorprendente porque desde Ortega y Gasset en 1911 la filosofía en España había dejado de *observar* la práctica del psicoanálisis, y tampoco se había interrogado sobre su exclusión después del auspicioso comienzo producido por la traducción de las obras completas de Sigmund Freud en la década del veinte.

Porque Gustavo Bueno quiere hablar del *movimiento psicoanalítico* y, además, aventura la hipótesis de que el discurso del psicoanálisis es un *comentario* sobre este movimiento. Uno recuerda aquellas lecturas de juventud donde Engels proponía la construcción teológica como un *comentario proyectado al cielo* de las relaciones sociales de la Edad Media. Sí, uno recuerda aquello

* Este artículo fue escrito como respuesta inmediata al artículo de Gustavo Bueno que comenta. No se publicó entonces. La polémica actual sobre las organizaciones de analistas le devuelve un cierto interés, a la vez que testimonia de un momento de la introducción del psicoanálisis en España. De cualquier manera, Gustavo Bueno –a la inversa que muchos analistas– entiende que los modos de transmisión no son indiferentes.

de la “superestructura” y el concepto de “proyección” con el que Feuerbach suponía develar la esencia del cristianismo. Ese concepto, transfigurado, aparece en Sigmund Freud como una forma de *conocimiento paranoico* –donde el saber sobre el deseo del otro es correlativo a la ignorancia sobre el propio deseo– y después pasa a M. Klein con la acepción popular de un desconocimiento.

La geometría de este concepto, la geometría supuesta, dió alguna vueltas (justamente, las vueltas que estudia la topología).

Pero como supongo que el artículo de Gustavo Bueno no fue escrito para que el lector recuerde sus lecturas de juventud, pasaré a exponer sus argumentos y las refutaciones que deseo exponer a este atento observador.

Cuando leí el artículo de Gustavo Bueno encontré su libro *Etnología y utopía* (Ed. Papeles de Son Armandans, 1971) y leí también *La metafísica presocrática* (Ed. Pentalfa, 1974).

En el primer libro Gustavo Bueno dice que en Lévi-Strauss existe la *búsqueda de una redención* por la preservación del recuerdo –lo que califica de *gnosticismo*. En el segundo libro dirá que Marcuse es un *neoepicúreo*, mientras que en el artículo en cuestión los psicoanalistas se convierten en *epicúreos*. En los tres casos Gustavo Bueno practica lo que se llama “literatura comparada”, explicando por una recurrencia al *origen* (de ahí, quizás, su tendencia a la argumentación filológica). Por su parte, los marxistas se convierten en *estoicos*.

Gnósticos, neoepicúreos, epicúreos y estoicos –es la estrategia del *no hay nada nuevo bajo el sol*. La primera objeción: un antecedente no es una causa, una causa necesaria no es suficiente, un proceso de producción no es un producto. ¿Qué relación puede existir entre “el fracaso del principio del placer” postulado por Sigmund Freud y el “placer” de Epicúreo, según la versión de Lucrecio en *De rerum natura*?

En cambio, los textos de Sigmund Freud se remiten al *utilita-*

risimo de Bentham, a Stuart Mill –traducido por Freud al alemán–, al fracaso del hedonismo propugnado por la Ilustración como un correlato de la liberación de las ataduras religiosas.

A la inversa, los *textos* muestran la relación entre el discurso de Epicúreo y la moral de la revolución burguesa. Freud, como tantos otros en el siglo XIX, asiste al fracaso de esa moral y al *malestar en la cultura* que designó como aparición en la historia del *superyó* (en algunos textos, en alusión directa al superhombre de Nietzsche).

El superyó no es la cultura, sino el malestar que aparece en la cultura cuando sus *imperativos* carecen de aquello que los constituye. Las mujeres primero, y las perversiones después, son la *materia* que fundan el discurso de Sigmund Freud. El placer “heterosexual” como correlato de la reproducción sexuada queda puesto en entredicho de manera radical (por eso la sublimación es un *destino* de la pulsión [Trieb] y no su transformación secundaria).

Gustavo Bueno opone la *ética* individual epicúrea a la *moral* política estoica, para decir que el psicoanálisis se acuesta del lado de la primera y el marxismo del otro lado. ¿No define Freud a *ello* como la herencia de los *antepasados* transmitida por el deseo de los *padres*, aunque sea bajo la forma de su negación? ¿No define al *ideal del yo* como aquel que es sostenido por una familia, un grupo social, una nación?

¿No dice que el *narcisismo* de un inglés –es sólo un ejemplo– es la flota inglesa, y no la imagen de su cuerpo?

El inconsciente es ético si entendemos por eso la ley del deseo como discordante con la moral social. Pero el deseo no es el instinto, sino aquello que se instaura como *falta* (carencia y deuda) en el sujeto.

El hombre de las ratas –célebre caso de Sigmund Freud– repite una historia de su padre ocurrida antes de su nacimiento y transmitida por el lenguaje (es lo que Freud llama “la novela fa-

miliar del neurótico”).

Pero Gustavo Bueno olvida los “Estudios sobre la histeria” y “La interpretación de los sueños”, porque le interesa subrayar el surgimiento de la *institución* en las famosas “Reuniones de los miércoles” que comienzan en casa de Sigmund Freud en 1902, y de las que existen actas a partir de 1906. ¿Cómo hubiera logrado Sigmund Freud esa *institución* sin el valor *instituyente* de aquellos textos? Ocurre que a Gustavo Bueno no le seducen los textos sino las *figuras antropológicas*, y por eso propone una de temible designación académica: *hetería soteriológica*.

“Lo esencial de las heterías soteriológicas –escribe Gustavo Bueno–, en el plano sociológico, sería lo siguiente: constituirse como una asociación, cofradía o colegio de individuos relacionados entre sí (existe una *nomenclatura* interna), ya vivan bajo un techo común, ya vivan bajo techos familiares propios, que asume la *misión* de salvar a los individuos (a quienes se les supone extraviados, a escala precisamente antropológica, de la personalidad) de su entorno (un entorno que da precisamente como indefinido, respecto de los límites políticos y desde luego, familiares, en función de los cuales se define”).

Trasladado al campo del psicoanálisis: “La esencia del psicoanálisis como institución, la esencia del movimiento psicoanalítico, no es otra sino la que conviene a una hetería soteriológica realizada en las circunstancias de tiempo y lugar propios de nuestro siglo”.

¿Es lo mismo la *institución* que el *movimiento*? Imposible afirmar algo así después de las “escuelas” analíticas surgidas de Sigmund Freud, y de las diferencias instauradas por Jacques Lacan.

Ya Sigmund Freud pactaba la extensión del psicoanálisis mediante la legalidad médica y escribía *contra* la condición de médico en el psicoanálisis. ¿Por qué hacía algo por el estilo? Porque el psicoanálisis corría el peligro de convertirse, según palabras de Sigmund Freud, “en una cuestión nacional judía”, y porque la

única salida era aceptar la condición que Ernest Jones transmitía: dar el psicoanálisis a los médicos para sacarlo de Viena. En uno de sus últimos artículos (“Psicoanálisis terminable e interminable”) Freud se refiere a los psicoanalistas como unos profesionales con los que no se identifica.

No es necesario ir tan lejos, pero Gustavo Bueno nos dice que “a fin de mantener la distancia con los conceptos históricos” hablará de heterías soteriológicas apoyándose en la ambigüedad griega del término (salvación, liberación, felicidad). ¿Por qué mantener esta distancia, cuando existe una historia que explica mucho mejor el problema? Fascinación por el “arquetipo”, por la “figura antropológica”, que es una versión *semántica* de las llamadas estructuras.

Por otro lado, la salvación, la liberación y la autenticidad –una de las prácticas públicas de la escuela de Epicuro era la confesión– no son valores del psicoanálisis sino de la psicología. Pero ¿qué importa eso cuando se ve la historia como la repetición de ciertas matrices que estarían en el origen?

Vamos al origen, pero esta vez del psicoanálisis. La primera reunión científica registrada tiene fecha: 10 de octubre de 1906. Otto Rank presenta un trabajo llamado “El drama del incesto”. Freud, en sus intervenciones, habla de precisar el concepto de *represión* y de lo permitido/prohibido, aludiendo al doble sentido de la palabra *sacer*.

También habla del trauma sexual. El incesto, la represión, la transgresión implícita en lo sagrado, el trauma sexual. Podemos leer, con Gustavo Bueno, estos temas como un comentario de la propia situación: un grupo de hombres se reúnen para transgredir la *moral social* y aparecen en ellos unas fantasías de culpa, castigo, etcétera. ¿No es esto lo que hace el psicoanálisis *hic et nunc*, reduciendo el discurso a la situación analítica por el artificio de la transferencia? En efecto, por eso es que Gustavo Bueno expone la transferencia según Lagache –como repetición de una con-

figuración gestáltica– y se olvida de que la misma se define por suponer un sujeto –el analista– a un saber –el del inconsciente.

¿Responsabilidad de los doctores Guillermo Rendueles y José García, a los que recuerda? Sea como sea, seguro que no se trata de una lectura de Sigmund Freud, menos de Jacques Lacan, al que Gustavo Bueno alude y elude de la mejor manera.

Cuando leemos las actas de aquellas reuniones aparecen coordenadas que son irreductibles a la hipótesis de un grupo de personas flotantes que se encuentran para instituir un espacio de salvación.

Por otro lado, Lucrecio muestra un Epicuro preocupado por los fantasmas que atormentan a los amos de la sociedad de su época, y dispuesto a proponer una transformación política por medio de la liberación de aquellos que están destinados a mandar. *Dicho de otra manera, se trata allí de producir un corte con la tradición para instaurar otras relaciones que, Epicuro sospecha, no pueden surgir de la política en tanto la misma es un efecto de las relaciones que intenta transformar.* (Véase en *De rerum natura* los siguientes apartados: Fundación de las ciudades / Caída de los reyes. Gobierno del pueblo / Origen del culto de los dioses / Males de la Religión).

Se ensaya introducir un concepto antropológico mediante la comparación de la *institución* psicoanalítica con aquella del *jardín* creada por Epicuro. ¿Por qué no la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles?

Porque, así le parece a Gustavo Bueno, existe *algo* común entre las preocupaciones de los epicúreos y las de los psicoanalistas.

Gustavo Bueno (*La metafísica presocrática*, Ed. Pentalfa, Madrid, 1974) dice: “La valoración positiva de Epicuro por la nueva izquierda es evidente –el libro de Marcuse, *Eros y Civilización*, ofrecía una suerte de neopicurismo a un público que también podía considerarse a gusto con los ideales epicúreos. También

muchos marxistas, como Farrington y otros, se declaran de buen grado miembros de la piara de Epicuro, protestando contra la imagen del comunista asceta que sacrifica su vida por las generaciones futuras –la máxima necesidad para un epicúreo– y se comporta más como un estoico”.

Marcuse hace una “investigación filosófica” sobre Freud, pero se encuentra distante de las consecuencias del psicoanálisis. En 1974 Epicuro es una analogía usada por Gustavo Bueno, mientras que en 1981/82 es el soporte de la introducción de un “concepto antropológico”.

Por nuestra parte, ya que sabemos que el origen como matriz (medida) es siempre fantástico, decidimos por la historia: el psicoanálisis nace del fracaso de la Ilustración.

Tanto en el libro citado como en el artículo que comentamos, Gustavo Bueno insiste en una frase de Lucrecio (la segunda vez abreviada) y que es la siguiente: “Dulce y hermoso es contemplar desde la orilla del mar al desgraciado que, en la lejanía, se hunde entre las olas, no porque me alegre de los males ajenos, cuando no puedo remediarlos, sino porque me complazco en sentirme a salvo del riesgo”. En 1974, Gustavo Bueno comenta a continuación: “La reacción epicúrea es inmoral, pero encierra una sabiduría ética, en cuanto cree saber que es irracional o hipócrita la reacción contraria”. En el artículo del 81/82 dice: “Muchos freudiano desde la orilla de su hetería, creemos, podrían suscribir los versos de Lucrecio”.

La diferencia entre *ética* y *moral* es, según la interpretación que Gustavo Bueno hace de los epicúreos y los estoicos, la que existe entre las relaciones que satisfacen y las que son obligadas por la política.

En síntesis:

1. El psicoanálisis no es una doctrina científica, sino una dogmática.

2. El rito del psicoanálisis, asociado a sus mitos, puede ser efectivo.

3. Esa efectividad depende del propio *movimiento* analítico: “La esencia del psicoanálisis reside en el movimiento psicoanalítico, y esta es su *verdad* –a la manera como la verdad del marxismo es el comunismo”.

¿Comparar, entonces, al movimiento psicoanalítico con qué otra cosa?

Gustavo Bueno apela a la masonería internacional: “un poco partido político, un poco Iglesia, un poco cofradía”. Partido político, movimiento religioso, incluso familia. Si bien a Gustavo Bueno estas comparaciones le parecen instructivas, las dejará de lado para ir a su propia comparación: el movimiento epicúreo.

Es decir, Gustavo Bueno niega las comparaciones realizadas hasta el momento por su generalidad, pero no descarta “el método comparativo”.

El fin explícito es postular que la eficacia del psicoanálisis depende de su movimiento, al punto de proponer que su propio discurso es una alegoría de la historia de dicho movimiento.

Notas

¹ Gustavo Bueno: “Psicoanalistas y epicúreos”. Ensayo de introducción del concepto antropológico de heterías soteriológicas (*El basilisco*, N° 13, noviembre 1981 - junio 1982).